

Solidaridad con Cuauhtémoc Cárdenas (Carta de Porfirio Muñoz Ledo)

A todos los miembros del Partido:

Es necesario poner un alto a la degradación política y retomar el camino de la sensatez a fin de recuperar, en la libertad, la congruencia y el respeto mutuo, la unidad del partido y la vigencia de la revolución.

Es plena nuestra solidaridad con Cuauhtémoc Cárdenas. Conocimos su texto y lo respaldamos: habló por todos nosotros. El reclamo es justo y el lenguaje preciso. La respuesta que recibimos de la dirigencia del partido en la clausura de la asamblea general fue desproporcionada, equívoca y distante de la palabra empeñada.

El discurso leído por el presidente del Comité Ejecutivo Nacional no refleja el sentido del debate ocurrido los días anteriores ni asume el rigor crítico con que se expresó la mayoría de los participantes. Parece concebido para ocultar, tras una cortina de anacronismos y amenazantes vaguedades, la gravedad de los problemas que la militancia denunció y la emergencia incontenible de movimientos renovadores dentro del partido.

Insinuar que nuestras tesis fueron rechazadas es faltar a la verdad. En todas las mesas encontramos amplias coincidencias. Fueron abrumadores los pronunciamientos en favor de un replanteamiento radical de la deuda externa, a efecto de recuperar el proyecto constitucional de desarrollo y remontar la pendiente inclinada de una política económica concentradora, inflacionaria, especulativa y de corte neocolonial.

Fue también evidente la voluntad de emplear la fuerza del partido en apoyo a las clases trabajadoras y de movilizar sus energías para asegurar que el poder del pueblo se concrete en actos de gobierno. La exigencia de democratización interna también prevaleció y se adoptó como regla general la consulta directa a las bases en la selección de candidatos a los cargos municipales y a las dipu-

taciones locales. Avance significativo, aunque limitado, que no se ha tenido el acierto de subrayar.

Lo que interesaba destacar a nuestros impugnadores es la determinación de reproducir una vez más prácticas viciadas y rutinas desgastadas en la elaboración de la plataforma electoral y en la selección de candidato a la presidencia de la república, contrariamente a lo que reclama la mayoría del partido. Si bien la asamblea rehusó pronunciarse sobre la democratización de esos procedimientos, al no derogar las disposiciones estatutarias correspondientes, está obligada a su acatamiento. Cualquier decisión que intentara tomarse al margen de ellas atentaría contra la legalidad del partido.

Lo que se pretendía igualmente esconder, tras el escándalo de las imágenes y las invectivas, es la realidad social que nos circunda: la denegación de los derechos constitucionales de los trabajadores y la inconformidad creciente de la población que ya configura una crisis nacional de conciencia.

Se buscaba también —como ya se ha vuelto costumbre en vísperas de renegociaciones financieras— exhibir frente a nuestros acreedores un aparente monolitismo político con el que se pretende apuntalar la continuidad de la economía prometida. A falta de verdaderos argumentos, el autoritarismo como garantía de pago y el anti-discurso como asidero de una imposición tan innecesaria como indeseada.

El endeudamiento ilimitado no solamente entraña una abultada hipoteca sobre la economía nacional sino la supeditación de la libertad individual y colectiva y puede desembocar en un auténtico cautiverio de la soberanía. De ahí la relevancia histórica que reviste la lucha emprendida para recuperar, mediante la autonomía del Partido y la democratización del país, la potestad

inviolable del pueblo mexicano a determinar su futuro.

Obviamente no nos doblegaremos. Multiplicaremos el esfuerzo y acendremos la militancia. Hemos contribuido a reanimar la vitalidad del partido; ahora vamos a transformarlo con el concurso de todas sus corrientes democráticas, porque tenemos la razón y encarnamos las aspiraciones de la mayoría.

Estamos abiertos al diálogo y dispuestos a ventilar públicamente nuestras divergencias. Los conflictos se resuelven cuando se explicitan y se afrontan sin cortapisas, no cuando se ahogan en el ruido estéril de las acusaciones y en el vacío de exclusiones imaginarias. La verdad habremos de encontrarla entre todos, pero los principios de la

Revolución y la integridad del país son irrenunciables.

Evitemos que el partido sufra daños irreparables. Rescatemos su independencia y dignidad a través de la independencia y dignidad de los militantes. Recuperemos en el debate público y en el compromiso ideológico los términos de la lealtad partidaria. Demos lección de civismo y seamos estar a la altura de nuestro tiempo. No permitamos que nadie usurpe, a ningún título, nuestros derechos ciudadanos. Enfrentemos juntos los desafíos de la nación.

Porfirio Muñoz Ledo

México, D.F., 12 de marzo de 1988